

Dentro de algunos años  
viviré en las vitrinas, viviré en el esmalte  
saltado de las tazas, en sus propios reflejos,  
en todos los objetos comidos por el uso.

Unos años tan sólo  
y entre una hoja en blanco  
y una página escrita habrá una vida  
que he vivido dos veces.

UN ruido de cristales,  
una piedra lanzada, alguien que pasa  
sin levantar sospechas,  
sin mirar hacia atrás, sin detenerse.

¿Qué hará con esas hojas, con esas invisibles  
mariposas nocturnas?

Al final de la calle,  
la noche está apoyada contra un muro.

Mi paz contra la suya, mi silencio  
contra su transparencia,  
toda mi soledad contra el murmullo  
de sus árboles solos.

EL humo, antes del alba,  
de todas las hogueras de la noche:  
éste es el camino de la ceniza.

¿Qué busco en el silencio de esta luz desmayada,  
qué alma fugitiva, qué piedad?

La noche ha abierto un claro a nuestro alrededor,  
sobre nuestras conciencias.

Antes de que la luz nos arrebate  
la diminuta sombra necesaria,  
dibujo con los ojos  
el contorno fragante de lo que no he perdido,  
de lo que aún protejo de la muerte,  
de la categoría de la razón.

El alma y sus pendientes: el ave que remonta,  
el pez muerto que baja.  
Más tarde, las estrellas cruzarán esta puerta,  
brillarán en lo alto de otra oscuridad que no conozco.

Mi esperanza, mi desesperación,  
arden lentamente en el incendio de una lámpara:  
vivo de la mirada de los signos,  
de los ojos del sueño,  
de todo lo sagrado que hay en la memoria.

Sin embargo, no queda noche apenas,  
se ha hecho tarde ya para nuestra plegaria.  
Una mujer, al lado,  
abre en este momento una ventana,  
sostiene entre sus labios una hebra del día.



Cruz de sal en una tumba maya-chortí